

EL NUEVO PARADIGMA GLOBAL

Lic. en Economía Iván Ordóñez y Paula Szenkman*. 2011. Clarín, Supl. Rural, 07.10.11.
*Ex alumnos del Programa de Agronegocios y Alimentos de la Facultad de Agronomía, UBA.
Posgrado en Alta Dirección en Agronegocios y Alimentos. Szenkman es Coordinadora del Programa de Integración Global y Desarrollo Productivo del Think Tank CIPPEC (Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento).
Ordóñez se desempeña en el área corporativa del grupo Los Grobo.
www.produccion-animal.com.ar

Volver a: [Orígenes, evolución, estadísticas y análisis de la ganadería](#)

La reversión actual de los términos de intercambio no es una novedad. La balanza comercial positiva de nuestro país, que se acerca a cumplir doce años, es una prueba irrefutable de ello. Sus causas también han dejado de ser una novedad. Las famosas tres “F” que hacen referencia a las necesidades de alimentación humana (food), a las raciones para animales (feed), y a la demanda de combustibles líquidos (fuel), hoy son un hecho. Sin embargo, no parece claro cómo se llegó a este paradigma en que el mundo demanda más de lo que puede producir.

Hoy vivimos las consecuencias de la Política Agropecuaria Común (PAC), hija de la Segunda Guerra Mundial. En la Europa de entonces, arrasada y dependiente de la ayuda humanitaria provista por el Plan Marshall, la consigna era clara: el viejo continente debía autoabastecerse de alimentos. Así, Alemania y Francia comenzaron la fuerte política de defensa de su agricultura en la que se interrelacionaban herramientas como cupos, aranceles y fuertes subsidios.

Los primeros efectos de esta política se vieron en el exitoso avance de la producción hacia el superávit alimenticio que permitió a Europa no sólo producir comida para sí, sino también inundar su área de influencia africana y de Medio Oriente con productos a precios módicos.

Pero el sistema haría agua. La polinómica de subsidios premiaba la mayor cantidad producida, y los productores, que no buscaban la eficiencia, “se pasaron de rosca” cometiendo una perversión de la naturaleza: alimentaron a seres herbívoros con harinas animales. La naturaleza castigó duramente el pecado con la Vaca Loca y los movimientos ambientalistas que habían nacido para proteger el Amazonas descubrieron al demonio en su propio barrio.

El debate que siguió en torno a la PAC fue apasionante: Bruselas revisó sus errores y en adelante la polinómica ya no premiaría mayores volúmenes de producción sino que se focalizaría en mantener el estilo rural de vida en Europa. La consecuencia inmediata de esta nueva PAC fue terminante y Europa dejó de ser exportador neto de carne y otros alimentos.

No obstante, poco se ha dicho de otro gran efecto de la PAC, esto es, las miles de hectáreas de agricultura que no se habilitaron o que demoraron en tornarse productivas en el mundo. El combinado de subsidios de Europa, Estados Unidos y Japón permitió que agentes individualmente ineficientes lograran serlo como sistema productor de alimentos. Esto deprimió los precios internacionales de los alimentos durante los 50 años de la posguerra.

Estos valores hicieron inviable cualquier posible inversión para expandir la frontera agrícola global. Territorios yermos o con pastizales donde no había rutas, canales de riego, instituciones democráticas, etc., se mantuvieron inalterados, recibiendo a comienzos de los 80 la paradójica ayuda del mundo desarrollado en forma de cajas con cereales y legumbres que ellos mismos podrían haber producido. Este desperdicio de potencial estaba dando lugar a la más espantosa de las miserias.

Actualmente, sólo el 20% de la tierra potencialmente productiva de América del Sur y África Subsahariana lo es en forma efectiva. Por ello, los precios artificialmente altos de los 2000 son la consecuencia más concreta de los precios artificialmente bajos de la posguerra.

El nuevo escenario permite la expansión hasta ahora contenida. Sin embargo, hacer agricultura extensiva rentable y medioambientalmente sustentable no es lo mismo que extraer petróleo o ensamblar licuadoras. No sólo debe generarse conocimiento a nivel individual sino también instituciones que cristalicen un proceso de aprendizaje colectivo que permita distribuir riesgos a lo largo de la cadena. Este proceso complejo ya está desencadenado en la región de América del Sur, pero será muy lento en el África Subsahariana.

Los millones de hambrientos del globo dependen hoy de miles de productores de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, la última línea de defensa. Cada hectárea debe ser productiva hoy y para las generaciones venideras.

En este paradigma, dos discusiones de la actualidad toman relevancia: la iniciativa francesa de regular los precios de los alimentos a nivel de comercio global y la ley de tierras. La primera surge al calor de los actuales precios altos y, conceptualmente, busca globalizar la PAC. Pero mantener los precios pisados evitará las tan necesarias inversiones que habilitarían nuevas áreas agrícolas; por lo tanto pateará el problema y dudosamente genere más producción de alimentos.

La segunda, recorta el universo de quienes pueden invertir en reconvertir hectáreas para uso productivo, y los temores en torno a extranjeros poseyendo tierras carecen de sustento sólido. Aunque resulte extraño tener que decirlo, no pueden llevarse la tierra ni su fertilidad, la cual está asociada no sólo a los nutrientes que están en el suelo y son renovables con fertilizantes, sino también a su régimen de lluvias. Mucho se ha dicho sobre este tema, pero resulta más interesante entender qué se hace con la tierra que quién percibe una renta por ser su propietario.

En este marco, el Estado argentino ha tomado dos decisiones trascendentales. La primera es el rechazo firme frente al pedido de Francia de regular el precio internacional de los granos; así, las ganancias resultantes de este proceso de “catch up” agrícola permanecerán en los sistemas de agronegocios de la región. La segunda ha sido la implementación de sistemas de riego abriendo áreas de agricultura; para ello el PROSAP ha invertido en 7 años la impactante suma de 800 millones de dólares siendo un partícipe activo en alcanzar las 2 millones de hectáreas irrigadas del país.

Todos los que participamos del complejo sistema de agronegocios argentino, los nacionales y extranjeros, quienes trabajan en lo público, privados y ONGs, debemos encarar los desafíos que nos esperan con la óptica de la cooperación, en la cual hemos demostrado ser profundamente exitosos.

[Volver a: Orígenes, evolución, estadísticas y análisis de la ganadería](#)